

sus avenidas, y especialmente el terraplen de la enramada del lado de las Tuilleries: atravesando esta turba, y por entre las injurias que vomita, y amenazas que repite contra el Clero fiel, entran á la asamblea los Obispos y Sacerdotes de la derecha: se acerca la hora señalada: la falange pagada para el caso hace resonar hasta lo último de la sala la horrible gritería: *á la horca, á la horca los Obispos y Sacerdotes que no juraren*, y por esta señal conoció el Presidente que era ya hora de comenzar la citacion: anuncia que va á hacerla, y crecen los gritos de los bandidos. Algunos diputados legos, viendo la indecencia de estos clamores sanguinarios, piden una diputacion que ponga fin á esta violencia, para que pueda responder el Clero, á lo ménos con alguna apariencia de libertad. „ No, Señores, dicen entónces los Eclesiásticos de la derecha, no tomeis pena por los clamores de un pueblo engañado; no hay que temer que dirijan nuestra determinacion su yerro ni sus gritos. ”

En fin, se levanta el Presidente, y toma la lista de los no juramentados: el primero que nombra, intimándole que jure, es Mr. de Bonnac, Obispo de Agén. Los bandidos advertidos de que á lo ménos era preciso que dexasen oír la respuesta, obedecieron á la señal de silencio que hizo la mano que dirigia sus voces. Queda en profundo silencio la sala, y responde el Obispo: „ Señores, los sacrificios de mis bienes me cuestan poco; pero hay uno que no puedo hacer, y es el de vuestra estimacion y de mi fe, y sé cierto, que perderia una y otra si hiciese el juramento que se me pide. ”

Esta respuesta, dada en tono grave y decente, como cortés y firme, cautiva por un instante la admiracion, ó mas bien reprime y suspende los primeros efectos de la rabia de la izquierda. Llama el Presidente á Mr. Fournet, de la diócesis de este mismo Prelado, y este digno Cura responde: „ Señores, intentais reducirnos á los primeros siglos de la christiandad: pues bien, con toda la sencillez de aquellos felices tiempos digo, que me glorío de seguir el exemplo que acaba de darme mi Obispo: seguiré sus pasos, como el Diácono Lorenzo los de su Obispo Sixto, hasta el martirio. ”

Ya el rechinadero de dientes que suena en la izquierda

manifiesta su arrepentimiento por haber ofrecido al Clero la ocasion de dar tan público é ilustre testimonio de su constancia en la fe. Sin embargo, se prometen que en tanto número no faltarán algunos ménos resueltos á despreciar el senado de los legisladores dominantes en su misma presencia y en el trono de toda su magestad. Llama, pues, el Presidente á Mr. le Clerc, Cura de la Cambe, diócesis de Seéz: levántase éste y dice: „ yo he nacido católico, apostólico, romano, y quiero morir en esta fe, y esto no podria ser prestando el juramento que me pedís. ”

No puede sufrir mas la izquierda estas profesiones de fe en términos tan precisos y firmes. Rompe, en fin, y sus gritos cortan un interrogatorio, cuyo suceso pone en la última desesperacion á Camus, Treillard, Voidel y todos sus adherentes, que no conociendo en sí mismos lo que es la firmeza de conciencia, no habian podido creer que la hallarian en el Clero: no pueden sostener el prodigioso espectáculo que les da este valeroso cuerpo, á quien tuvieron ellos mismos la imprudencia de provocar, y para hacerlo cesar, piden que se omitan estas intimaciones individuales. Entónces M. Beaupoil de San Aulario, Obispo de Poitiers, temiendo que se le vaya de las manos tan bella ocasion de dar testimonio á la fe, lleno de un ardor que aligera el peso de sus años, vuela hácia la tribuna, y allí de cara al Presidente pide que se le oiga, y rompe en estas palabras: „ Señores, tengo setenta años, y treinta y tres de Obispado, y no deshonraré mis canas con el juramento de vuestros decretos: yo no juro. ” Levántase todo el Clero de la derecha, aplaude y anuncia que todo entero está en la misma disposicion.

Esto era ya menospreciar mucho á unos hombres acostumbrados á ver rendirse el mismo cetro á sus decretos, y desahacerse delante de ellos todos los obstáculos: pintase en sus semblantes el furor, se levantan de sus sillas, júntanse en grupos, se vuelven á dispersar, consultan, deliberan, no están conformes los pareceres, ni saben á que atenerse, ni que medio tomar para encubrir su derrota, y hacer ménos ilustre la constancia del Clero. Dentro de la sala resuenan sus clamores, y fuera los ayudan los nuevos gritos de los bandidos: *á la horca los Obispos y Clérigos que no juran*. Mas los Obispos y el Clero, siempre serenos é in-

mutables, á pesar de las amenazas de los jacobinos y de las páfidas insinuaciones de los constitucionales, esperan á que sigan aquellas intimaciones tan preciosas á su fe: piden, instan y solicitan que se continúe luego en llamar á cada uno. Esto era repetir el desafio de los antiguos Confesores á los tiranos de la Iglesia primitiva.

Entre tanto de estos consejos y deliberaciones tumultuarias, de los grupos de la izquierda salió un acuerdo, que se encargó de declarar desde la tribuna el juramentado Gregorio: sube, y arenga al Clero de la derecha, esforzándose á persuadirle, que jamás ha sido la intencion de la asamblea tocar á la Religion ni á la autoridad espiritual: que el juramento no empeña en cosa alguna contraria á la fe católica. Pues bien, responden los Obispos y Clérigos, conviértase en decreto esa explicacion. Este era el medio de compensar en algun modo los ultrages hechos á la Religion; mas no era esa la intencion de la parte que dominaba en la asamblea: rehusa esta contestar la explicacion: se levantan cien voces de jacobinos y filosofistas pidiendo que no se les atormente mas, que en lugar de alargar el espectáculo de una negativa tan clara por cada miembro del Clero de la derecha, se haga la intimacion en comun, y que los que quisieren jurar salgan al medio.

De esta manera retractado el decreto de la intimacion personal, pronuncia el Presidente: los Eclesiásticos que no han prestado aún el juramento, levántense, y acérquense para hacerlo: ninguno se acerca, ninguno se levanta, y llena de vergüenza la izquierda, espera en vano el suceso de su nuevo decreto. Es invencible la resistencia del Clero, y es menester ó retractar la ley tiránica del juramento, ó ponerle el colmo con un nuevo decreto de opresion contra los que no lo hagan. Este último partido era el de un enemigo, que pasa de la confusión á la desesperacion, y así fué el de la asamblea, que ordenó la execucion de sus leyes, decretando, que el Rey hiciese elegir otros Obispos y Curas en lugar de los no juramentados.

Este nuevo atentado manifestó mas claramente á estos Obispos y Curas, quanta razón habian tenido en rechazar una

constitucion que da á hombres profanos y absolutamente ajenos de toda autoridad espiritual el derecho de disponer de la que exercen los verdaderos Ministros de Christo en su Iglesia.

Al momento que se pronunció este último decreto, se ofreció para consuelo suyo y aumento de su triunfo un nuevo espectáculo, y fue que los Sacerdotes que sin ser jacobinos habian creído poder anticiparse á la intimacion personal, y hacer el juramento con ciertas restricciones ó explicaciones, que les parecía asegurar su conciencia (eran todos veinte) buscando razones con que persuadirse que se podia dar esta señal de sumision á la asamblea, á vista de la noble resistencia de sus hermanos, y singularmente movidos de la obstinacion con que se habia negado la asamblea á admitir estas restricciones favorables á la Religion, convencidos tambien del engaño que habian padecido en quanto á las disposiciones de tales legisladores, que se atrevian á pronunciar un verdadero entredicho contra tantos Pastores del primero y segundo orden, su deposicion, y reemplazo, enseñados por todo lo que habia pasado á su vista, que no se podian disimular á sí mismos la guerra declarada contra toda autoridad evangélica, no pudiendo sufrir esta primera reprehension de su conciencia, se acercan unos quantos á la tribuna, y en alta voz retractan el juramento, que por todas las circunstancias conocen ser una verdadera apostasia: únense los restantes á esta retractacion, se ven detenidos, insisten, se les rechaza de nuevo; mas no por esto juzgan haber hecho su deber, quedando la via de la imprenta, y por ella hicieron pública á la mañana siguiente su conversion, la qual coronó dignamente el augusto y magestuoso espectáculo de la profesion de fe mas solemne y auténtica de quantas conservan en la memoria los anales de la Iglesia.

Á presencia de la asamblea mas numerosa, imperiosa y encarnizada de los legisladores del siglo, pronunciando decretos de despojos violentos, entre amenazas de bandidos, y furoros de un populacho desenfrenado, habia dado á la Religion el colegio de los Obispos y Presbíteros solemne testimonio, y así salieron del terrible senado por entre ultrages y clamores de los malvados, cuyo furor apenas contenia una guardia numerosa; pero

tranquilos y gozosos por haber sido dignos de padecer contumelias por el nombre de Jesuchristo.

Sus enemigos confusos rindieron á tanta firmeza el homenaje de la admiracion. *Tenemos*, decia Mirabeau, *su dinero, mas ellos han conservado su honor*. Y con todo este homenaje forzado, en nada disminuyó la actividad del odio de los impíos.

Era mucha empresa reducir á todos los Pastores de un imperio tan vasto como la Francia á la deposicion, ó al perjurio; mas no causaron espanto á los legisladores todas las vexaciones y tirania que se necesitaba para ella. Mandaron, pues, que en todos los lugares los oficiales municipales intimasen á los Obispos, Vicarios, Curas y Beneficiados, que prestasen el juramento, pena de deposicion, y entonces ofreció de nuevo la Francia un espectáculo desconocido en sus anales.

Por espacio de mas de dos meses, en la capital y en toda la extension de las provincias, los dias de fiesta se convirtieron para los Pastores en dias de llanto y de suplicios. No basta la imaginacion á formarse idea de todas las tentaciones, persecuciones, solicitaciones á que era menester resistir para no ser perjuros. Al acercarse el dia señalado para la fatal prueba, ya aparecian bandadas de gente embiadas por los clubs para notificar al Pastor la suerte que le esperaba si no lo hacia, ya se llegaban los ruegos é instancias de los parientes y amigos interesados en reducirlos. Dentro del corazon de cada uno batallaba el afecto y continuacion de vivir con unos feligreses, cuya confianza habia poseído siempre, y á quienes amaba aún; mas ellos iban á mirarlo en adelante como á un enemigo. Efectivamente, los jacobinos nada habian omitido para persuadir que los únicos motivos que podian impedir á los Sacerdotes hacer el juramento, eran la aristocracia, el deseo de recobrar sus diezmos, ó alguna conspiracion secreta.

Decian los emisarios de una filosofia llena de artificio y corrupcion: ¿qué podeis temer sobre vuestra religion? ¿No veis que la asamblea os dexa vuestras iglesias, vuestra misa, vuestras vísperas, vuestros sacramentos, y vuestro símbolo? No es, pues, el motivo de conservar la Religion, sino el odio de la revolucion el que los hace aborrecer el juramento. Deshaceos, pues,

de esos enemigos, y elegid otros Curas, que os confesarán, os dirán la misma misa, y os predicarán la misma religion.

Estos argumentos, que estaban en los escritos que se repartian con profusion, hacian impresion en hombres simples, que no ven en la religion mas que el culto exterior. El Pastor, dirigiéndose á ellos, se acomodaba á su lenguaje, y les ponía las comparaciones mas familiares para hacerles papable su error. Deciales: todas estas ceremonias que os dexa la asamblea, no son las que componen la esencia del culto: el poder yo decir la misa y absolveros, no es en virtud de que conservo sotana, sobrepelliz y los demás ornamentos; un cómico puede venir; vestirse como yo, y hacer las mismas ceremonias, las cuales de ningun efecto espiritual serán para vosotros: Qualquier ciudadano puede ponerse la banda de oficial municipal, dar las mismas órdenes, que no por eso tendrán la misma autoridad. Un criado puede tomar el vestido del amo, y mandar en el mismo tono. Así, pues, como este cómico, ciudadano y criado disfrazados engañarian, así sucedería lo mismo con estos pastores, que vienesen á vosotros autorizados por las leyes de la asamblea: os dirian que tienen sobre vuestras almas el mismo poder que yo, porque harian lo mismo que yo hago; pero todo seria sin autoridad, porque no la habian recibido de la Iglesia: os dirian que tienen el mismo símbolo; pero lo explicarian de muy diverso modo: os dirian que creen al Papa y á los demás Obispos, como á primeros Pastores, y rehusarian reconocer los derechos que tienen estos Pastores sobre vosotros y sobre ellos. Un Cura constitucional os diria, que él se conserva en la unidad de la Iglesia; y estaria separado de la Iglesia verdadera, sin pertenecer á ella mas que lo que pertenece al Estado un ciudadano rebelde; y siguiéndolo vosotros seriais tan rebeldes como él. Me hablais de diezmos que quiero recobrar para mi Obispo y para mí. ¿Simples! ¿no veis que negándome á jurar, abandono diezmos, subsistencia, y todas las pensiones que se me prometen si juro? Es, pues, mi alma y la vuestra lo que quiero yo salvar, y nada me podria empeñar á resistir y dexaros, si se pudiesen conciliar mi obligacion y conciencia con el malaventurado juramento.

No siempre fueron inútiles estas lecciones del Pastor, y

mas de una vez produxeron tiernos espectáculos entre él y las ovejas. En algunas partes se vió un pueblo entero al rededor de su Cura, sin exceptuar los mismos municipales, jurando no seguir jamas á otro Pastor que á él, ó á sus sucesores aprobados por la Iglesia católica. En otras, bañados en lágrimas, conjurar á su Cura que no se apartase de la parroquia pero que hiciese un juramento con todas las restricciones que juzgase necesarias para aquietar su conciencia. Muchos hubo que juraron con estas restricciones, que hicieron insertar en los registros públicos para testimonio de su fe; pero despues se vió mas claramente ser ellas inútiles, porque esa misma fe era la que querian abolir los jacobinos.

Por lo comun fueron terribles los días destinados para recibir el juramento. En ellos, á la hora señalada, que era la de la misa mayor, entraban en la iglesia unos Magistrados, verdaderos déspotas, seguidos de picas y bayonetas, y colocándose junto al altar, ó junto al púlpito, cercaban al Sacerdote, y le intimaban el juramento ó la deposicion. Para algunos significaban estas palabras: el juramento ó la muerte. De este modo murió en Champaña el Cura de Sept-Saux, que explicando al pueblo las razones porque no podia en conciencia prestar el juramento, le apuntó con su fusil uno de los bandidos, y atravesado por el pecho, cayó martir en la misma cátedra de la verdad.

Otros hallaron tambien su muerte en las picas y fusiles á la puerta de la iglesia en el mismo día, ó al siguiente de haberse negado al juramento. En el centro de Paris Mr. de Pansemon, Cura de San Sulpicio, estaba finalizando su sermon, y la razon que anualmente daba de las limosnas de la parroquia, en las que tenia muy grande parte su rico patrimonio, quando entraron y se repartieron por la iglesia los comisarios municipales con sus guardias: el Cura que acaba, y ellos que comienzan á gritar: *el juramento, ó la borca*. Mr. Pansemon estaba ya resuelto, no teniendo miedo á la muerte: comenzó á hablar; pero eran tales los clamores, que no se le pudieron percibir mas que estas palabras: *no me lo permite mi conciencia*. Arrójanse las guardias á apoderarse de él; pero quarenta eclesiásticos sus cooperadores, firmes como él, y resueltos á ser sacrificados primero que su Pastor, se

habian anticipado á rodearlo: juntáronseles un buen número de nacionales y otros feligreses, y protegieron su retirada: bramaban los bandidos al rededor de esta escolta, que por mas cerrada que iba, no pudo impedir que recibiese su Cura algunos golpes en la cabeza: pudo no obstante llegar á la sacristia, donde faltándole las fuerzas, cayó desmayado; pero Dios lo reservaba para otros combates.

No menores violencias experimentaron, é igual constancia manifestaron los Curas de otras muchas iglesias de esta capital, especialmente los de San German y de San Roque Mrs. Ringal y Marduel.

Nada da mas á conocer el espíritu de la revolucion francesa, y quan resueltos estaban sus partidarios á sacrificarle la misma Religion, que las solicitudes usadas con Mr. Marduel por los primeros Magistrados para persuadirlo á jurar. Mr. de Bailly, entónces Corregidor de Paris, habia ido á casa de este respetable Cura, alli le instaba, y estrechaba con su eloqüencia y sofismas: el Cura le mostraba que era imposible sin ser apóstata: ¿con qué es cierto, dixo entonces Bailly, que es contraria á la Religion católica la constitucion civil del Clero? Muy cierto, dixo el Cura: pues bien, replica Bailly, en este caso, si pendiese de mí, *mañana no existiria ya en Francia la Religion católica*.

Otro Magistrado, no resuelto como Bailly á sacrificar su conciencia á la política revolucionaria, dió muy diverso exemplo. Este fue Mr. de Vauvilliers, Académico conocido por su elegante traduccion del Píndaro, y uno de aquellos hombres estimables que mantenian en Francia con el gusto de las letras el de la erudicion: ocupaba en la municipalidad uno de los puestos mas importantes, y nombrado entre otros comisarios para recibir en las iglesias el juramento ordenado á los Sacerdotes, pidió que se le exonerase de esta comision: extrañanlo sus compañeros, se alteran, y lo tratan de aristócratico: respóndeles: „ Señores, „ yo no soy tal, pero tengo conciencia, y ella me prohíbe exír de los Sacerdotes un juramento que creo no poder hacer „ yo mismo: ” y diciendo estas palabras, se quita la banda, y renuncia el puesto. Despues consumó este sacrificio, quando requerido para jurar él mismo á fin de conservar su vivienda, su

cátedra de profesor en el colegio real, y sueldo de mil escudos, se negó á hacerlo, y renunció su fortuna.

Pero pocos munícipes de estas disposiciones tenia la revolucion: casi todos los nuevos Magistrados favorecian los furros de los bandidos, y los de Paris á vista de la misma asamblea añadian penas arbitrarias á las de los decretos. Mr. de Grenthé el menor, depuesto ya por la revolucion, y retirado á Paris, estaba diciendo misa en el arrabal de San Antonio en la iglesia de Charon, entra Mr. de Bailly acompañado de oficiales de la municipalidad, y seguido de sus huestes, cercan el altar zapaadores con sus hachas, granaderos con fusiles, y nacionales con bayonetas: sube uno de los oficiales al altar, interrumpe al celebrante, y le intima prestar el juramento. Mr., le responde éste: » el juramento es contrario á mi conciencia, y estando resuelto » á no violar jamas sus leyes, mucho ménos lo haré en el momento en que estoy ofreciendo á Dios, eterno Juez vuestro y » mio, la víctima immaculada. « Mr., replica el oficial: os mando no continuar la misa. Entónces volviéndose el Sacerdote á Bailly, le dice: » Mr., os suplico que hagais cesar esta violencia, el sacrificio está ya muy adelantado, y es preciso consumarlo. « Bailly avergonzado, y viendo tambien que comenzaba á indignarse el pueblo, se retira con toda su comitiva. Acaba el Sacerdote la misa, y despues de desnudarse, vuelve pacíficamente á dar gracias al pie del mismo altar: sale el pueblo lleno de asombro y respeto, recógese á su casa, y á la mañana siguiente recibe este papel firmado de los munícipes: » hemos extrañado mucho » vuestra terquedad: esperamos que subsaneis vuestro honor, » con lo que continuaréis en merecer el respeto y la amistad de » todos los hombres de bien: en consecuencia irá el Domingo la » municipalidad á la iglesia para recibir allí vuestro juramento; » y de no, os declararemos rebelde á los decretos, os prohibiremos toda funcion, os pondremos un guardia nacional en vuestra casa, ganando seis libras al dia para que vele sobre la execucion de esta nuestra determinacion, y este guardia no se retirará sino por decreto de la asamblea nacional. »

Mr. de Grenthé respondió en estos términos: » yo soy » inmutable en mi resolucion: la conducta que habeis tenido con-

» migo, es una abierta violencia de seis decretos de la asamblea, » y es cosa bien extraña que entendais tan mal aquellos cuya » execucion os confia. Vuestras nuevas instancias no serán mas » eficaces que las primeras. «

Efectivamente, nada podia ser mas contrario á los decretos cuya copia acompañaba al papel, que las amenazas de los munícipes. Mr. de Grenthé queria hacer rostro á su nuevo desafio; pero sus amigos, instruidos de las asechanzas que se le armaban, lo obligaron á retirarse á Champoson, donde su hermano, que era Prior, habia sabido inspirar á sus feligreses tanto horror al perjurio constitucional, que todos tomaron y firmaron la siguiente resolucion:

» Nos los infrascritos Corregidor, oficiales municipales » y demás feligreses de Champoson, diócesis de Seéz, declaramos: que queriendo vivir y morir en la Religion católica, » apostólica, romana, que nos han traspasado nuestros padres, » jamas seguiremos otro Pastor que el que nos ha dado la Iglesia, y que nosotros mismos echarémos de nuestra parroquia » al que tuviere la flaqueza de manchar su alma con un juramento cismático. «

Estos fieles católicos mantuvieron de modo su palabra, que fué menester traer artilleria y quatrocientos nacionales de las cercanias para instalar entre ellos un Sacerdote intruso; pero ni esta violencia los pudo hacer adherir á la religion constitucional.

Igual horror al nuevo culto tenian muchas parroquias de otras diócesis. La de Kernfuntin parece haber sido la primera que se expuso á la batalla, y la mantuvo del modo mas singular. Llegan á ella las órdenes del departamento para que niegue los sagrados ornamentos á Mr. Valette su Pastor: abren la sacristia para sacarlos, y llega al mismo tiempo el Sacerdote intruso, revistese, y Mr. Valette sube al púlpito, y dice: » en la violencia » que se me hace, no opondré la fuerza á las órdenes del departamento, y así os exhorto á sufrir con paciencia el insulto » hecho á vuestro Pastor; pero creo que podré decir misa en otra » parte: quedéense en horabuena los que quisieren oír la de su » intruso; yo voy á decir la mia para los demás. « Al instante salen todos, sin quedar uno, siguiendo á su Cura, y quedó el intruso solo.

Sin embargo de estas disposiciones de un gran número de parroquias, se veían los verdaderos Curas reducidos á dexas sus ovejas; porque uniendo sus fuerzas los clubs de la comarca contra el Cura y sus fieles feligreses, era forzoso esconderse, ó huir el verdadero Pastor, para evitar que se trabasen combates en su defensa, y se derramase la sangre de los que venían á echarlo, ó de los que querían sostenerlo; pues aun en las parroquias mas bien dispuestas multiplicó muchas veces los escándalos, y dió terribles escenas el furor de estos clubs. Ni quedó otro recurso á gran número de Curas y Vicarios para librarse de la horca que huir; ni tuvieron los bandidos que los buscaban otro modo de consolarse por habérseles escapado que saquear sus casas. Ya desde entónces fueron perseguidos muchos hasta en los bosques, dándoles caza como á fieras. Algunos en Bretaña, despues de haber andado errantes por la soledad, cayeron por fin desangrados entre las malezas, sobreviviendo pocos dias á las heridas que recibieron al huir, no cesando en la pesquisa sus asesinos, hasta hallar sus cadáveres medio comidos de las fieras.

Nada omitieron los jacobinos para hacer creer que era considerable el número de Eclesiásticos juramentados. En Paris hicieron una lista de seiscientos. Es verdad que esta infeliz ciudad suministró el mayor número de ellos; mas con todo, es cosa averiguada que entre los seiseientos eclesiásticos empleados en sus parroquias, no juró ni un tercio. De quarenta que servian en San Sulpicio, no juró ni uno solo, y lo mismo fué en otras varias parroquias numerosas, como las de San Juan de Gréve y San Hipólito. En San Roque, de quarenta y seis que eran, se mantuvieron firmes los quarenta. De modo que los dos tercios de la lista eran de clérigos desechados por la Iglesia, de colegiales que despues de veinte años habian abandonado su educacion, ó de aquellos cantores que no eran parte del Clero. Tambien hacian parte de la lista saboyardos, costaleros y galopines, á quienes vistieron de clérigos, é hicieron subir al altar á hacer el juramento para alucinar al pueblo. Con todo, juraron tambien algunas personas visibles, como el Cura de San Eustaquio, que desde entónces dexó de ser Confesor del Rey, y otros varios mas allegados á sus rentas que á la fe.

En las provincias llegaron á cincuenta mil los que fueron constantes en no jurar. Entre los demás, el mayor número fué el de los que solo juraron con restriccion en quanto no fuese contrario á la fe. No se podrá negar, que generalmente los que mostraron mas horror al juramento fueron los Pastores mas edificativos y fieles á su ministerio. No eran así los que sin respeto á su conciencia, ni cautelar á favor de la Religion cosa alguna, prestaron el juramento absoluto, cuya reputacion y caracter bastaban para demostrar quan justa era la constancia de los demás.

De los ciento treinta y ocho Obispos ó Arzobispos prevaricaron quatro, á cuya cabeza estaba dignamente aquel Taylland-Perigord, Obispo de Autun, que habia vendido á sus hermanos, digno moralista de los rebeldes, habiendo acordado absolver á sus cofrades legisladores del juramento prestado á los que les encomendaban sus veces en las asambleas electorales; y como se hubiese absuelto á sí mismo, nada le costaba un perjurio mas.

El segundo era Brienne, Arzobispo de Sens, entónces Cardenal de Loménie, quien habiendo perdido al Rey con su ambiciosa incapacidad en el ministerio, y avergonzado á la Iglesia con sus costumbres escandalosas, era tiempo ya de que saliese él por sí, ó fuese echado de ella. El tercero fué Jarente, Obispo de Orleans, no engañado ciertamente por la autoridad de tal exemplo, sino cargado de deudas, y con poca virtud para resistir á un perjurio que se las pagaria todas. En quanto á Savines, Obispo de Viviers, era hombre de ciencia, de amenidad y prudencia; pero ya habia tiempo que se hablaba de su poca firmeza de cerebro, y de ciertos raptos de locura, y esta fama ha dexado en duda si su juramento fué trastorno de cabeza, ó falta de constancia. Sus escritos lo defienden con sofismas, y su conducta lo excusa con extravagancias.

En la asamblea legislativa se hallaba un Obispo extranjero, Gobet de Lyda, diputado de un canton de Alsacia, donde hacia las funciones de sufraganeo por las partes de la diócesis de Porentrui situadas en Francia. Nadie habia hecho mejor razonamiento que él en la tribuna de los legisladores, ni probado mejor que sus decretos sobre la constitucion civil del Clero eran

contrarios á la fe católica; y sin embargo juró mantenerlos. Tuvo-sele por ambicioso é hipócrita; pero era un cobarde: después intruso de París, temia á Dios, temia á los demonios; pero temia más á los jacobinos: al principio habia jurado con restricciones en favor de la Religión; lo atemorizaron luego los jacobinos, y lo juró todo.

Entre los demas que juraron fueron los más notables aquel Gregorio, digno amigo de Voidel y de Chabot, á quien hizo su vicario general, habiendo echado de su silla al Obispo de Blois, y aquel Goute, dragon de su estado, que luego fué vicario excluido de diversas parroquias por ignorante, y últimamente digno sucesor de Perigord. Fueron tambien los veinte y cinco ó treinta Presbíteros de la izquierda en la asamblea, á quienes daban los jacobinos esperanzas de obispados, teniendo todos la baxeza de aspirar á ellos á costa de los verdaderos Obispos.

De fuera de la asamblea fué el energúmeno Fauchet, á quien ponía frenético la sombra de un Rey, el qual en aquella coyuntura haciendo el oficio de pythonisa del clubs de la boca de hierro, exhalaba furor, cuyo premio debía ser la mitra de intruso de Bayeux. Entre estos perjuros se distinguió tambien aquel Torné, apóstata como Gobet, pero de diferente carácter, porque para sus diferentes papeles se valió del cielo, del infierno y de los jacobinos, y juró para obtener el Arzobispado de Bourges en la nueva iglesia, como habia predicado para lograr una Abadía en la antigua. Otro tal era Lamouret, hipócrita que quería engañar al cielo, al infierno y á los jacobinos: este echado dos veces de San Lázaro, se habia hecho teólogo y confidente de Mirabeau, perjuró tambien, y Mirabeau lo enriqueció y lo hizo Metropolitano intruso de Leon.

Tambien manifestaron mucho zelo por el juramento algunos hombres de costumbres austeras, que por la mayor parte eran de una secta condenada por la Iglesia, la qual á pesar de la misma Iglesia se obstinó en ocultarse entre sus hijos, como para despedazarla más seguramente dentro de su propio seno. La union de los jansenistas con Camus, y sobre todo la connexion de sus principios con la nueva constitucion, le dieron en esta secta muchos partidarios, que aumentaron el número

de juramentados. No obstante, hubo entre los jansenistas hombres de conocidos talentos, como Moltrot, Jabineau, Lambert, que lo rehusaron, y es digno de notar, que quantos habia entre ellos acreditados de hombres grandes, todos manifestaron la mas alta indignacion contra el juramento, y escribieron con nervio contra los que lo prestaban.

En general los juramentados tenian á su favor aquel populacho que conducian los jacobinos, el qual tomaba el negarse á jurar por señal de aristocracia, palabra horrible para él, con la qual se le habia formado un gran espantajo. Eran asimismo bien mirados de los hugonotes, los quales no parece que sabian lo que habian dicho los filósofos impíos al principio de la revolucion, á saber: *nos serviremos primero de los calvinistas contra los católicos: en realidad ni á unos ni á otros queremos; pero así llegaremos al punto de deshacernos de toda religion.*

En esta ignorancia, é inducidos de un funesto error los hugonotes de Nimes, no aguardaron á los decretos de la asamblea acerca de la Religión católica para emprender dar á la suya una preponderancia, de que se habian mostrado zelosos ya muy de antiguo. La astuta filosofía de los impíos no habia dexado piedra por mover para volver á encender el odio mal apagado, y á fuerza de mentir en hechos, y alterar toda la historia, habian llegado ya á envenenar el corazon de los calvinistas del Medio día de la Francia; pero particularmente los de Nimes, que sobresalian en la amargura y vivacidad de su resentimiento contra la monarquia y contra los católicos, favorecian la política de los revolucionarios, que para en caso de mal suceso tenian preparada su retirada en esta ciudad, y depositadas las armas en los mismos calvinistas. Mas estos, con pretexto de exterminar la aristocracia, las volvieron súbitamente contra los católicos, y á este primer movimiento quedaron muertos en las plazas, calles y casas casi seiscentos de toda edad y sexo, antes que pudiesen ni siquiera aprehender porque causa eran sacrificados.

Sobre todo fueron objeto de este furor los Religiosos y Sacerdotes. Baxo el mismo pretexto fueron asaltados los capuchinos, de los quales fueron asesinados al pie del altar cinco de los más venerables. Un anciano en particular, puesto de rodillas de-

lante del Sagrario, pide solos cinco minutos para disponerse á parecer delante de Dios: la fria crueldad se los concede, él los emplea en pedir por sus asesinos mas que por sí mismo, y estos con un reloj en una mano, y una pistola en la otra, cuentan los instantes, descerrajan, y cae la víctima regando con su sangre la peana.

No por esto se ha de pensar que fuesen así todos los protestantes de Francia, que por la mayor parte afeaban estos horrores: aun en las cercanias de Nimes manifestaron á los católicos su indignacion por el hecho los calvinistas de los Cevennes, y en la misma asamblea nacional no tenian todos los diputados protestantes el mismo odio al Clero que Rabaud y Barnave; antes bien un calvinista diputado de Tours, y otro protestante de Alsacia opinaron constantemente segun la humanidad, justicia y leyes antiguas en favor del Clero, y firmaron en favor de la Religion católica la declaracion de la derecha, sosteniendo que era y debía continuar en ser segun las leyes la religion del Estado, y dominante en él.

Ni de otra suerte pensaban los protestantes de otros imperios, que abominaron el hecho de los de Nimes, y aun en diarios franceses se vieron protestas enviadas de Inglaterra contra este espíritu sanguinario. Bien es verdad que la nacion inglesa necesitaba ménos que otra qualquiera esta apología; pero es justo que conserve la historia estos monumentos de humanidad honoríficos á sus autores: como tampoco debe pasar en silencio, que en Francia hallaron los Sacerdotes constantes en no jurar, protectores generosos entre los calvinistas, que los socorrieron y emplearon en cargos, que negaron á los juramentados en desprecio de su cobardia.

Si otros protestantes sintieron de otro modo, no verá la Religion escritos en sus fastos sus arrojos sino para perdonarlos, y enseñar á poner fin á estos odios fatales á ambos partidos.

El ardor de los calvinistas nimeses, su compañía del poder ejecutivo, sus terribles látigos de nervios para sacar por fuerza el juramento, todo provenia de la efervecencia de sangre, que siendo natural del clima, facilmente lleva el odio hasta la crueldad, y el zelo hasta el fanatismo. Si favorecian á los juramenta-

dos, era por conocer que se aproximaban á su iglesia en la gerarquía presbiteriana, y en las envejecidas preocupaciones contra el Papa, y los Obispos; y así el juntarse á los Sacerdotes constitucionales, era zelo de su propia religion. Mas no así los sofistas, impíos y ateistas, los cuales solicitaban el juramento por odio á toda religion, sabiendo que esta primera apostasia era paso preciso para la destruccion de todos los altares, que no se podia emprender sino principiando por no tener católicos.

Estos caracteres en los que con tanto ardor zelaban la constitucion civil del Clero, eran muy bastantes para hacerla sospechosa á los Sacerdotes católicos; pero concurría tambien á justificar su aversion al juramento la conducta de los que lo prestaron, porque se manifestaban mas bien soldados que Pastores; siendo su menor delito olvidar su estado de Sacerdote, y aun de Obispos, hasta incorporarse en los batallones con el fusil al hombro, montar la guardia en traje militar, y tomar parte en todas las huelgas del vulgacho disoluto. Mas no se contuvieron aquí, sino que su perjurio los empeñó en todos los horrores que se siguieron á esta pretendida reforma de la Iglesia: juraron tambien contra el trono, como habian jurado contra el altar: votaron contra el Rey, como habian votado contra el Papa; y los mismos que por el Sacerdocio se abstuvieron de condenar como legisladores á Luis XVI. al cadalso, pronunciaron como ciudadanos, ó mas bien como fieros rebelados, que merecia la muerte. Habian tenido todos la baxexa de abandonar á la Iglesia, y así ni uno solo tuvo valor de hablar á favor de su Rey. Habian pecado contra el juramento de su fe hecho á Dios, y así no se detuvieron en pecar contra el de la fidelidad al Monarca. Retrataron el que habian hecho de observar las leyes del Sacerdocio, y en virtud de esto tomaron públicamente mugeres, y adquirieron hijos de prostitucion; tuvieron, en fin, su parte correspondiente en las conspiraciones, crímenes, persecuciones y atrocidades del cuerpo legislativo y convencional. El nombre de sacerdotes juramentados fué lo mismo que de revolucionarios los mas activos é interesados en favorecer la maldad y atrocidad de los jacobinos. Con estos infelices, por los furoros que excitan y mantienen en sus parroquias, la Francia para toda la Europa es una especie de infer-